

De nuestra santa Iglesia y lebantarlos,
Son muchos los llamados, y muy pocos,
Aquellos a quien vemos escogidos,
Para cosa tan alta y lebantada,
Mas dexemos aquesta causa en vanda,
Que pide larga historia lo que encubre,
Cerrando nuestro canto mal cantado,
Con auer entonado todo aquello,
Que de los mas antiguos naturales,
A podido alcançarse y descubrirse,
Acerca de la antigua decendencia,
Venida, y poblacion de Mexicanos,
Que para mi yo tengo que salieron,
De la gran China, todos los que habitan,
Lo que llamamos Indias, mas no importa,
Que aquesto por agora aqui dexemos,
Y porque vuestra gente Castellana,
A quien parece corta la grandeza,
De todo el vniuerso que gozamos,
Para pisarla toda, y descubrirla,
Por si misma alcanço vna grande parte,
De aqueste nuevo Mundo que inquirimos,
Adelante diremos quales fueron,
Y quienes pretendieron la jornada,
Sin verla en punto puesta y acabada,

* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *

CANTO TERCERO.

COMO POR SI SOLOS, LOS ESPAÑOLES TUUIERON
principio, para descubrir la nueva Mexico: y como en-
traron, y quienes fueron los que primero
pretendieron, y pusieron por obra la
jornada.

BLASON gallardo, y alto, es el trabajo,
De aquella illustre fama memorable,
Que en la triunfante Corte soberana,
Y militante aluergue que viuimos,
Sabemos que se anida, y se atefora,
Mediante aquellos heroes valerosos,
Que su inmortal vadera profesaron,
Cuia alta zima, y cumbre poderosa,
Podeis notar señor incomparable,
Que por escudo heroico y sublimado,
Quiso aquel poderoso Dios eterno,
Que por alteza grande y triunfo el hombre,
Que en Trinidad y essencia representa,
Su beldad propria y alta semejança,
Sacada de su mismo ser al viuo,
Le guardase, y del mucho se estimase,
Si todas las mas cosas desta vida,
Seguras en buen puerto ver quisieste,
Y assi no se vera ningun trabajo,
Si con heroico pecho es recebido,
Que en el el mismo Dios no resplandezca,
Mostrandonos patente la belleza,
De sus notables hechos y prohezas,
Y esto quales resplandecientes soles,

De la nueva Mexico,

Alla en el quarto cielo lebantados,
Con no pequeño asombro nos mostraron,
Despues que en la Florida se perdieron,
Por aquel largo tiempo prolongado,
El grande negro Esteuan valeroso,
Y Cabeça de Vaca memorable,
Castillo, Maldonado, fin segundo,
Y Andres Dorantes mas auentajado,
Todos singularísimos varones,
Pues en la tempestad mas fiera y braua,
De todas sus miserias y trabajos,
Por ellos quiso obrar la suma alteza,
Vna suma grandiosa de milagros,
Y como su Deidad con solo aliento,
Infundio espíritu de vida al hombre,
Y a otros sanò venditos de su mano,
Asi passando aquestos valerosos,
Por entre aquestas barbaras naciones,
No solo a sus enfermos los sanauan,
Lisiados, paraliticos, y ciegos,
Mas dauan tambien vida a sus difuntos,
Con solo vendicion y aliento santo,
Que por sus santas bocas respirauan,
Pitima viua, atriaca y medicina,
Que solo en la botica milagrosa,
Del poderoso Dios pudo hallarse,
Por cuya virtud alta y soberana,
Suspenfos los Alarabes incultos,
Asi como si fueran dioses todos,
Vna vez por tributo y vassallage,
Les consagraron, dieron, y ofrecieron,
Passados de seyscientos coraçones,
De muchos animales que mataron,
Que no es pequeño pasmo y marauilla,
Que gente bruta, barbara, grossera,
De todo punto viesse y alcançase,
Que con razon no mas que coraçones,

De-

Canto Tercero

10

Deuen sacrificarse y ofrecerse,
A los que semejantes obras hazen,
Porque no obstante que es porcion pequeña,
Para satisfacer la debil hambre,
De vn milano flaco acobardado,
Nadie ignora el gran ser de su nobleza,
Pues siendo en si tan corto y encogido,
Sabemos que no cabe en todo el mundo,
Y en el abreuiado que es el hombre,
El es la primer vasa y fundamento,
Que da calor de vida al artificio,
De todo el edificio milagroso,
Y es en si tan heroica su grandeza,
Que como es fuerça passe y se registre,
Por vna de las salas del juzgado,
En cuió puesto asisiten los sentidos,
Lo que a la suma alteza y excelencia,
Del bello entendimiento se propone,
Asi no puede ser que llegue cosa,
Que le hiera y de muerte le lastime,
Sin que primero acabe y se destruya,
El mundo breue, y toda su grandeza,
Porque èl es el postrero que fenece,
Y el que postrero pierde el mouimiento,
Y asi en el, como en hermoso templo,
La magestad del alma se aposenta,
De donde al poderoso Dios embia,
Sus santas y deuotas oraciones,
Sus obras, pensamientos, y alegria,
Su verdadero amor, y su tristeza,
Sus lagrimas, suspiros y gemidos,
Y asi como abundante fuente viua,
De donde manan cosas tan grandiosas,
A solo Dios el coraçon se deue,
Sacrificar en todas ocasiones,
Y a todos los demas varones fuertes,
Que sus venditos passos van figuiendo,

No-

Notando el sacrificio inestimable,
Destos rústicos baruaros salbages,
Que tantos coraçones ofrecieron,
A estos quatro famosos que en sus tierras,
Por tiempo de nueue años trabajados,
Vn millon de miserias padecieron,
Al cabo de los quales aportaron,
A la Prouincia calida famosa,
De Culiacan que en otros tiempos nobles,
Muy nobles caualleros la poblaron,
En cuyo puesto y siglo de oro illustre,
Aquel humilde Prouincial celoso,
De la orden del serafico Francisco,
Que fray Marcos de Niça se llamaua,
Auiendose bien dellos informado,
Por auer descubierto cierta parte,
Destas nueuas Regiones escondidas,
Y como ya alcançaua de los Indios,
La razon que atras queda referida,
Que salieron que aqui los Mexicanos,
Qual famoso Colon, que nueuo Mundo,
Dio a vuestra Real corona de Castilla,
Afsi determinò luego de entrarfe,
Por cosa de dozientas leguas largas,
Con solo vn compañero confiado,
En aquel fumo bien que nos gouierna,
Y por enfermedad que a el compañero
Sobrebino, fue fuerça se quedase,
Y el se entro con diuino y alto esfuerço,
Con cantidad de barbaros amigos,
La tierra adentro, y como aquel que halla,
Vn rico y preciosissimo tesoro,
Cuya abundancia fuerça y le combida,
Que buelua con presteza por focorro,
Afsi el gran Capitan de pobre gente,
Con grande priessa reboluio diziendo,
Notables excelencias de la tierra,

Que

Que auia visto, notado y descubierto,
Y como no ay en todo el vniuerso,
Cosa que mas parezca y represente,
La magestad de Dios, como es el hombre,
Como si fuera Dios emprende cosas,
Que a solo Dios parece se referuan:
Y afsi podeis notar Rey poderoso,
Que teniendo de aquesta nueua tierra,
Copiosa relacion de aqueste santo,
Y heroico Religioso de Franciscos,
Aquel grande Cortes, Marques del Valle,
Despues de auer sulcado la brabeza,
Del ancho brauo mar, y echado a fondo,
Las poderosas naues de su flota,
Hecho de tanto esfuerço y offadia,
Tal qual nunca abraçò varon famoso,
Lleuado del valor illustre y alto,
De sola su persona no domada,
Que ya por todo el Orbe no cabia,
No porque no esta bien defengañado,
Que solo siete pies de tierra sobran,
Mas descubrir por cada pie pretende,
Vn nueuo Mundo, y ciento si pudiesse,
Para mejor subir el edificio,
De nuestra santa Iglesia, y lebantarle,
Por estas tierras barbaras perdidas,
Pues poniendo la proa de su intento,
Para largar al viento todo el trapo,
Siguiendo desta impresa la demanda,
Como amar, y Reynar jamas permiten,
Ninguna competencia que les hagan,
Sucedio lo que al muy famoso Cesar,
Con el brabo Pompeio, sobre el mando,
Que cada qual por fuerça apetecia,
Porque le contradijo don Antonio,
Primero Visorrey de nueua España,
Diziendole que a el solo la jornada,

Como

Como a tal Viforrey le competia,
Cortando el apretado y ciego ñudo,
Que de amistad antigua y verdadera,
El vno con el otro professauan,
Mas Dios nos libre quando quiebra y rompe,
Interes, y que puede atrabefarse,
Porque al punto que quiere embrauecerse,
No ay Rey, razon, ni ley, ni fuerça tanta,
Que a su furor diabolico resista,
Y afsi dize muy bien el Mantuano,
O sacra hambre, de riquezas vanas,
Que desbenturas ay a que no fuerçes,
Los tristes coraçones de mortales,
Y ponele este nombre sacrosanto,
Grandioso, soberano, y lebantado,
Porque ningun mortal jamas se atreua,
Emprenderla jamas contra justicia,
Mas como nos adierte la Escritura,
Quien serà aqueste, y alabarle hemos,
Por auer hecho en vida marauillas,
Pues porfiando los dos sobre esta causa,
Como si fueran dioses poderosos,
Cada qual pretendia y procuraua,
Rendir a todo el mundo si pudiese,
Y vista aquesta causa mal parada,
Al punto procurò el Marques heroico,
Por ser del mar del Sur Adelantado,
Que por este derecho pretendia,
Y alegaua ser fuya la jornada,
Y afsi por no perderla, ni dexarla,
Vino a tomar de España la derrota,
Para tratar con la imperial persona,
De vuestro bien auenturado Abuelo,
Carlos Quinto de toda aquesta causa,
Cuio alto y prudentissimo gouierno,
Tuuo de los imperios mas notables,
Reynos y señorios desta vida,

La

La suprema y mas alta primacia,
Siendo amado, acatado, y estimado,
De todo lo que ciñe el vniuerso,
Pues luego que dio fin a su carrera,
Y recogio las velas destrozadas,
De aquel largo viage trabajoso,
Qual naue poderosa que da fondo,
En deseado puerto, y al instante,
La vemos yr a pique y fin remedio,
Afsi llegò la cruda y feroz muerte,
Diziendo en altas voces lebantadas,
A ninguno perdonò y puso pazes,
Quitandole de vista la jornada,
Y con horrible imperio poderoso,
Al punto le mandò se derrotase,
Tomando fin escusa, y fin remedio,
Aquel mortal y funebre camino,
Tan trillado y seguido de los muertos,
Quanto jamas handado de los viuos,
Y mas de aquellos tristes miserables,
Que vida prolongada se prometen,
Y como muchas vezes acontece,
Que con descuido suele deslizarse,
Vn regalado vaso de las manos,
Dexandonos muy tristes y suspensos,
Y casi sin aliento boqui abiertos,
De verle por el suelo destrozado,
Afsi causò grandissima tristeza,
Assombro, pasmo, miedo, y sobrefalto,
El ver aquel varon tendido en tierra,
Resuelto todo en poluo y vil ceniza,
Siendo el que auentajò tanto su espada,
Que sugetò con ella al nuevo mundo,
Mas quièn serà señor aquel tan fuerte,
Que a la furiosa fuerça de la parca,
Pueda su gran braueza resistirla,
Si a Reyes, Papas, y altos potentados,

Por

De la nueva Mexico,

Por funebres despojos y trofeos,
Debajo de sus pies estan postrados,
Mas que mucho si al hijo de Dios viuo,
Sabemos todos le quitò la vida,
Por cuya causa cada qual se apreste,
Pues sin remedio es fuerça que se rinda,
Y sin vital espiritu se postre,
Debajo de su pala y fuerte azada.
Con esto Don Antonio de Mendoza,
Tomò y quedò por fuyo todo el campo,
Qual aquel que a su gran contrario dexa,
En èl tendido palido y el alma,
Del miserable cuerpo defalsida,
Y para descubrir mejor el blanco,
Valiose del tercero dòn diuino,
Que es quien mas bien nos lleua y encamina,
Qual refulgente luz que nos alumbra,
Con cui claridad tomò consejo,
Con aquel gran varon noble famoso,
Que Christoual de Oñate se dezia,
Persona de buen seso y gran gouierno,
Y vno de los de mas valor y prendas,
Que de capa y espada en nueva España,
Y reynos del Piru auemos visto,
Al qual pidio su parecer y voto,
Acerca del soldado mas gallardo,
Sufrido, astuto, fuerte, y mas discreto,
Que le fuese posible que escogiese,
Para solo ocuparle y encargarle,
Que por explorador de aquesta entrada,
Con treinta buenos hombres se aprestase,
Antes que todo el campo se partiese,
Y como el buen fin tanto se adelanta,
Quando el principio es mas bien acertado,
Qual vn agudo lince que traciende,
O Aguila Real que sin empacho,
El mas brauo rigor del Sol penetra,

Afsi

Canto Tercero

13

Afsi con gran presteza luego dixo,
Poniendole delante la persona,
De aquel Iuan de Zaldibar su sobrino,
Soldado de verguença, y tan sufrido,
Quanto para vna afrenta bien prouado,
Al qual fin mas acuerdo le encargaron,
Vna gallarda esquadra de Españoles,
Que treinta brabas lanças gouernauan,
Con estos se metio la tierra adentro,
Por donde les corrio muy gran fortuna,
Y tempestad deshecha de trabajos,
Tan esforçados viuos y alentados,
Que solo su valor pudo sufrirlos,
Y en el inter el diestro Mendocino,
Preuino como astuto gran socorro,
Formando vn grueso campo reforçado,
De bella soldadesca tan vizarra,
Quanto mas no pudieron esmerarse,
Aquellos que llegaron y puffieron,
El belico primor en su fineza,
Pues viendo esta belleza lebantada,
Con ellos se boluio el santo Niça,
Prouincial de pobísimos Franciscos,
Por solo que tuuiese franca entrada,
La voz de la Euangelica doctrina,
Entre estos pobres barbaros perdidos,
Y porque el cuerpo humano destroncado,
Y puesto sin cabeça es imposible,
Que pueda bien mandarse y gouernarse,
Nombraron por gouierno deste campo,
A vn grande cauallero que Francisco,
Vazquez de Coronado se dezia,
Persona de valor y grande esfuerço,
Para cosas de punto y graue peso,
Y porque reberencia le tuuiesen,
Con titulo de General illustre,
Quisieron ilustrar a su persona,

A 4

Y

De la nueva Mexico,

Y honrrandole el Virrey en quanto pudo,
Para mas alentar aquesta entrada,
En persona salio haziendo escolta,
Hasta poner el campo en Compostela,
De la Ciudad de Mexico apartada,
Largas dozientas millas bien tendidas,
Donde vino a salirles al encuentro,
El Capitan Zaldibar quebrantado,
Del aspero camino trabajoso,
Que vino de explorarle y descubrirle,
A fuerça de armas, hambre, y sed notable,
Y otros muchos trabajos que no cuento,
Que por inormes pãramos sufrieron,
Y diziendo al Virrey que aquella tierra,
Que auia visto, notado, y descubierto,
No le parecia nada auentajada,
Respecto de ser pobre y miserable,
Y de rusticos barbaros poblada,
Mas que no fuese parte todo aquesto,
Para que vn solo passo atras boluiesse,
Porque donde se pierde la esperança,
Alli los mas solicitos monteros,
Suelen con mucho gusto y passatiempo,
Lebantar sin pensar muy grande caza,
Y como para el bien jamas le falta,
Quien lo impugne, resista y contradiga,
No faltò quien dixese y atizase,
Ser pobrissima tierra, y que por serlo,
Era terrible caso que aquel campo,
En cosa tan perdida se ocupase,
Al alma le llegò al Virrey la nueua,
Mas como muy prudente y recatado,
Considerando que de vn grande hierro,
Suele salir vn grande acertamiento,
Defimulose todo lo que pudo,
Y assi como en el subito peligro,
Se deue aconsejar con gran presteza,

Aquel

Canto Tercero

14

Aquel que viue del mas descuidado,
Sin dilacion mandò que se pufiese,
Grandissimo silencio y se callase,
Todo lo referido, sin que cosa,
Quedase para nadie descubierta,
Pues con esto era fuerça que el peligro,
De deshazerse el campo se venciese,
Cuia preuencion hizo, porque el gasto,
Estaua ya perdido y consumido,
Con cincuenta mil pesos de buen oro,
Que Christoual de Oñate quiso darle,
Prestandolos con pecho generoso,
Por solo que esta entrada se hiziesse,
Y que seria posible si se entrase,
Segunda vez que fuese de prouecho,
Y como siempre fuele auentajarse,
Al cansado montero la porfia,
Porfiando mandò que luego al punto,
El nueuo General diesse principio,
A lebantar el campo, y que marchase,
Y auiendose de todos despedido,
Tomò el Virrey de Mexico la buelta,
Y el Real fue tomando su derrota,
Con grande furia y fuerça de trabajos,
Los quales los lleuaron y aportaron,
A los pueblos de Cibola llegados,
A otros circunuezinicos comarcanos,
Donde el gran padre Niça y los Floridos,
Y el capitan Zaldibar con su esquadra,
Llegaron y boluieron con la nueua,
En cuiu puesto el general gustoso,
De ver aquella tierra, mandò luego,
Que grandes fiestas todos ordenasen,
Y haziendose assi, salio en persona,
En vn brabo cauallo poderoso,
Y en vna escaramuça que tuuieron,
Batiendo el duro suelo desfembuelto,

Def-

De la nueva Mexico,

Defocupò la filla de manera,
Que del terrible golpe atormentado,
Quedò de todo punto fin juicio,
Y afsi como los miembros adolecen,
Luego que en la cabeça sienten falta,
Y cada qual dispara y no gouierna,
Afsi la soldadesca viendo estaua,
La fuerça del gouierno zozobrada,
Destroncada y enferma luego quiso,
Teniendo tanta tierra en que estenderse,
Parar con el trabajo y cercenarle,
Y afsi juntos a vna, y en vn cuerpo,
Qual aquel que de hecho desespera,
Afsi dieron de mano a la esperança,
Verdadero remedio de los fines,
Que con grandes cuidados pretendemos,
Y fin ver que mejor le vbiera fido,
A todo aqueste campo disgustofo,
No auer dado principio aquella impressa,
Que boluer las espaldas vergonçosas,
Auiendose vna vez metido dentro,
De la dificil prueua y estacada,
Con toda aquesta lastima furioso,
Reboluio con grandissima presteza,
Las presurofas plantas desembueltas,
Y aunque muchos quisieron como buenos,
Resistirlos a todos con razones,
Y fuerça de palabras eficaces,
Del santo Prouincial faborecidas,
Y amparadas tambien por don Francisco,
De Peralta grandissimo guerrero,
Y del gallardo pecho del Zaldibar,
Y de aquel cauallero insigne y raro,
Don Pedro de Tobar Padre de aquella,
Illustre, bella, y generosa dama,
Tan cortes, como grande cortefana,
Doña Ysabel en cuiò ser se encierra,

Vna

Canto Tercero

15

Vna virtud profunda lebandada,
Al soberano amor en que se enciende,
Valiendose del martir abrafado,
En cuiò templo vemos que se abrafa,
Y como viua brafa se consume,
En amoroso fuego del esposo,
Que es vida de su vida y alma vella,
Todas illustres prendas heredadas,
De su esforçado padre valeroso,
El qual con otros muchos caualleros,
Instauan porque el campo no bõluiese,
Y como siempre el bulgo, y chufma torpe,
No admiten lo que es fuera de su gusto,
Sin hazer de ninguno cuenta alguna,
Fue tanta su dureza y pertinacia,
Que con muy grande perdida notable,
Boluieron las espaldas al trabajo,
Porque como no entraron tropezando,
Con muchas barras de oro, y fina plata,
Y como vieron que las claras fuentes,
Arroyos y lagunas no vertian,
Doradas sopas, tortas, y rellenos,
Dieron todos en maldezir la tierra,
Y a quien en semejantes ocafiones,
Quiso que se metiesen y enrredafen,
Y afsi todos cuitados y llorofos,
Como si fueran hembras se afligian,
Cuià vageza digna de deshonrra,
Con que estos sus personas infamaron,
Lebandando las manos del trabajo,
Que es fuerça que en la guerra se padezca,
Serà bien se suspenda a nueuo canto,
Si auemos de escreuir su triste llanto.